



**UNIVERSIDAD FRANCISCO DE VITORIA**

**ACTO DE GRADUACIÓN DEL GRADO EN PERIODISMO,  
RELACIONES INTERNACIONALES Y COMUNICACIÓN  
AUDIOVISUAL**

**10 de julio de 2021**

**DISCURSO DE ALUMNOS EN REPRESENTACIÓN DE SUS  
COMPAÑEROS**

**Sra. Dña. María Hernández Martínez  
Sra. Dña. María Esther Lence Tallón**

**Alumnas del Grado en Periodismo y el Grado en Relaciones  
Internacionales**

**UNIVERSIDAD FRANCISCO DE VITORIA**



Excelentísimo señor rector, reverendo padre, autoridades académicas, directores, padrino de promoción, profesores, padres y familiares, compañeros y amigos.

Este ha sido definitivamente un año muy diferente y por ello creemos que tiene sentido que estos cinco minutos sean también distintos. Nos reunimos hoy 6 clases de 3 generaciones diferentes y, habiendo compartido universidad, facultad, espacios, muchos profesores y actividades en algunos casos, cada experiencia es tan especial... y cada memoria sería un mundo. ¿Qué tenemos todos en común? Eso nos preguntábamos María y yo al escribir este discurso: creemos que es mucho y que merece la pena recogerlo aquí.

Siguiendo esa filosofía, si tenemos que ser la palabra de todas las personas que nos graduamos en este acto, creemos que, después de este año, tiene razón de ser el dirigirnos a todos los familiares que hoy nos acompañan a cada uno. Tanto en esta sala como desde casa, con el permiso de las autoridades académicas y el claustro de profesores, queridísimas familias: estas palabras son para vosotros.

Llegados a este punto del camino, tras cuatro o cinco años de carrera, miramos al pasado y nos cuestionamos cuándo comenzó todo. Y es que, si echamos la vista muy muy atrás, con unos ojos muy rasgados, algo así como hace unos 23 años, más o menos, nos encontramos con vosotros. Que sois por los que todo empezó en nuestras vidas. En esta Universidad, se nos ha recordado muchas veces que la vida nos es dada, que es un regalo. Y en vosotros (y en Otro) es hacia dónde se dirige esa afirmación. Gracias a vosotros nos ha sucedido la vida, gracias a vosotros estamos hoy aquí, graduándonos de Comunicación Audiovisual, Periodismo y Relaciones Internacionales en la Universidad Francisco de Vitoria. Otra idea que nos han compartido mucho en esta casa es que amamos en la medida en que hemos sido amados primero, damos cuando hemos recibido antes. Queridas familias, queridos padres y madres, queridos hermanos, queridos abuelos, tíos, primos, y queridos amigos también, si es el caso, vosotros nos habéis querido muy bien, hemos recibido mucho, y es ahora cuando, después de haber pasado por la Universidad, nos toca especialmente comenzar a dar, a devolver al mundo lo que nos ha sido regalado.

Por esas razones queremos dirigirnos hoy a vosotros, porque comenzasteis un camino, y queremos contaros qué ha pasado estos años para que comprendáis quiénes somos los que salimos, a quién recibe el mundo. Como recitaba el poeta chileno Pablo Neruda, “nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos”.



Es una experiencia común, de esas que buscábamos, igual muy evidente, pero muy poderosa, que todos nosotros, compañeros, no hemos llegado hoy aquí por nuestra cuenta, que todos tenemos a alguien que nos ha “traído” hoy aquí. Desde entrar por la puerta de clase el primer día de carrera hasta vestir hoy estas becas. Cada uno somos herederos, o como lo describía una querida amiga de esta Universidad hace poco, “la promesa que se le hizo a nuestros bisabuelos”. Gracias, queridas familias, porque no seríamos quienes somos y no estaríamos hoy aquí, si no fuera por lo que vosotros construisteis, tanto los que estáis, como los que ya partieron. Porque nos queréis bien y sin esperar nada a cambio, gratuitamente, y esto viene incluso de otros anteriores a quienes hoy celebramos aquí, es por ello por lo que nosotros, próximos y recientes profesionales en el mundo, podremos actuar así. Qué regalo teneros y qué fácil nos hacéis continuar el legado.

Para que comencéis a entender qué es aquello que sucede en este campus, de vez en cuando, en la Universidad Francisco de Vitoria, ocurre que Alfonso X El Sabio invade en espíritu a nuestros profesores y recita a través de ellos: “La Universidad es el ayuntamiento de maestros y de escolares, que es hecho en algún lugar, con voluntad y entendimiento de aprender los saberes”. Eso es la universidad, y justo en esta se demuestra como esos son los únicos elementos que hacen falta. Por ello, estimados familiares, para que comprendáis qué han sido estos años para nosotros, tenemos que hablaros de maestros, escolares y saberes. Es decir, de profesores, amigos y formación.

La universidad es ese lugar que ha dado respuesta al deseo de saber, ese espacio de reunión entre estudiantes y estudiosos para conocer y comunicar lo aprendido. Dentro y fuera de las aulas, con los libros y, sobre todo, con la propia vida. Es en esos momentos cuando se da el encuentro con nuestros profesores. La universidad ha sido ocasión para dejarse transformar por ese maestro que te acoge como llegas y lo hace con una atención imposible de condensar en la guía docente, sabiendo que más allá de asignaturas y técnicas concretas, necesitamos referentes, corazones entregados, alguien que nos asegure y que nos dé la certeza de que las cosas valen la pena, que nos inspire y nos guíe; alguien que nos rescate de la huida, nos enseñe a reconocer y a amar lo que tenemos delante. Y es así, aceptando el abrazo del maestro, cuando uno entiende que, en el fondo, de la universidad no solo esperaba la carrera, sino ser *bien querido y bien mirado*.

Estos años de universidad han supuesto para nosotros encontrar compañeros para la vida, entre los que se encuentran esos maestros, claro, pero con especial cariño los amigos. Como muchos sabéis, la palabra “compañero”



deriva del latín y se refiere a aquel con quien se comparte el pan, por eso la expresión, vista en toda su profundidad, tampoco es exagerada. La facultad ha sido cobijo de rutinas, de rostros -al principio extraños y más tarde queridos- con los que compartir desafíos, anhelos, conversación y horas de cafetería. Y ha sido así como uno descubre quién es, con y frente a aquel que es distinto de sí. En la universidad, hemos seguido descubriendo que la vida humana significa existir en compañía de otro. Qué buenos amigos nos han regalado estos años: con ellos, esta nueva etapa que empezamos es menos temerosa y se vuelve emocionante.

Y teniendo maestros conocedores de la verdad del hombre y compañeros con los que navegar juntos, hemos podido acercarnos mejor a la verdad de cada una de nuestras ciencias. Por eso hoy tenemos la convicción de que ejercer el periodismo y la comunicación significa observar con sencillez y humildad, pues el “buscador no conoce completamente lo que busca”, y con la seriedad del que sabe que “el corazón del hombre sólo descansa en la verdad”. Salimos al mundo, con la voluntad de introducir en la comunicación actual una mirada honesta y que salvaguarde la profundidad de la realidad que se nos presenta. Ojalá tener siempre presente que ser periodista, que ser comunicador implica ser la voz de los que no pueden alzarla y habitar el mundo de forma que nada ni nadie nos resulte ajeno.

Muchos de los que estamos aquí, también nos graduamos en Relaciones Internacionales. En un momento histórico y confuso como este, cambiante a una velocidad superior que aquella que podemos asimilar; donde casi cualquier método resulta pasajero, recordamos que a las clases no solo veníamos a aprender una técnica, sino a conocer lo permanente. En un tablero internacional que parece caótico, repleto de nuevos fenómenos y caracterizado por una globalización y una interdependencia imparables, surge una pregunta más radical: ¿Quién es el otro con el que me encuentro cada vez más? ¿Cómo estamos llamados a relacionarnos entre nosotros? ¿Hay algo que nos une? ¿Es mayor que lo que nos diferencia? Esta circunstancia solicita apertura al mundo, y apertura de la razón y del corazón. Las Relaciones Internacionales necesitan de profesionales dispuestos a aventurarse a constatar si es cierto que *el corazón habla al corazón*, como decía el cardenal Newman. La humanidad está llamada al encuentro y por ello vamos a trabajar.

Estos somos, queridas familias, los que nos graduamos esta calurosa mañana de julio; y esto que os contamos representa un tímido balance de lo que, con vuestra generosidad, nos habéis permitido disfrutar en esta etapa. Dejamos - solo físicamente - la UFV con entusiasmo por vivir la realidad y responder;



conscientes de la dificultad y de la incertidumbre, pero más seguros todavía de que el mundo no es indiferente a nuestra acción, ya que por pequeña que pueda parecer, el bien que a cada uno se nos confía desaparece si no nos hacemos cargo de la tarea que conlleva.

Como decíamos, en esta nueva etapa toca seguir respondiendo. Corresponde perseverar con esperanza, ser testigos de la herencia recibida y mantenernos en pie junto a la promesa que nos hace levantarnos cada mañana. El poeta Jesús Montiel escribe que “todos los días abrimos los ojos porque esperamos algo. Porque en el fondo creemos que algo va a llegar siempre”. Puede que esa espera tenga que ver con un bien que no sólo contrarresta, sino que vence al mal. Es por esto que siempre hay lugar para la esperanza. Y nosotros podemos participar en esto también si así lo decidimos. Sobre ello trata también la vocación de cada uno de nosotros: sobre recordar, allí donde estemos, que el bien siempre es mayor.

Continuamente se constata que aquello con lo que soñamos, y los anhelos que tenemos, son promesas que piden ser cumplidas. Hoy volvemos a comprobar que esto es cierto. Tras un año tan complejo, aquí estamos, celebrando esta graduación y, más allá de este acto, festejando en comunidad que no estamos solos, que contamos con nombres con los que poder afirmar “contigo la vida me ilusiona, me apasiona y resulta esperanzadora”. Tenemos familia, maestros y compañeros con los que seguir compartiendo el camino y descubriendo la Promesa que nos aguarda. Qué alegría saber que estáis. Gracias por lo vivido y a por lo que comienza.